

Por siempre libres

Nick Sagan

Traducción:

María del Pilar Díez Martínez



Libros publicados de Nick Sagan

## CÓDIGO GENÉTICO

1. Código genético
2. Los hijos del paraíso
3. Por siempre libres

Título original: *Everfree*

Primera edición

© 2006, Damned If I Don't Productions

Ilustración de cubierta: Andrea Ho

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-553-0 Depósito legal: B-3-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

**[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

*A mi padre*

«Nadie dijo que sería justo.  
Te lo advirtieron antes de que salieras:  
Siempre hay una oportunidad para comenzar  
a un nuevo mundo, a una vida nueva,  
marcada pero más inteligente.»

—*Drivin' n' Cryin', Scarred but Smarter*

Primera parte  
**La Ciudad de la Victoria**  
(Reinar en el infierno)

Nada en la nada del cielo. Ni luna ni estrellas. Solo un negro dosel que engulle la luz. Un golpe de suerte para el zorro. Mala suerte para los sabuesos.

No despiden olor este zorro. Normalmente existe un transmisor bajo la piel. Se implanta, dura aproximadamente un mes y se disuelve en la sangre de manera inocua. Un mes constituye un periodo de observación suficiente para asegurarse de que no hay demencia. Ese es el protocolo.

No se había seguido ese protocolo.

El frío viento de octubre me golpeaba mientras entraba y salía recorriendo Quincy y Prescott. Calles desiertas. Ningún termal. Una buena cagada, eso es lo que es, un desastre en potencia.

Le llegó el chisporroteo de unas voces. Slow y Bridge informaban de un éxito similar.

—Antecedentes de problemas de corazón —dije—. Bien documentados. Ahora está corriendo. Está aterrorizado. Tenemos que encontrarlo antes de que se caiga.

—¿Y si nos retiramos? —dijo Bridge.

—Eso. ¿Si dejamos que se calme por sí solo? —dijo Slow.

—¿Sin tener la cabeza bien, pululando por ahí, una amenaza para él mismo y para otros? No, gracias —dije—. Y es culpa tuya, Slow, porque has hecho una chapuza con los protocolos. Se ha convertido en un espectro. Le has quitado la vista de encima. Si le pasa algo, es culpa tuya.

—De acuerdo, ya lo he entendido —repuso ella—. Me gritas luego.

Hicimos las rondas. Silencio en el canal hasta que gritó Bridge.

—¡Está aquí, pasando el Fogg! ¡Está volviendo sobre sus pasos!

Pero lo perdió y lo llamó por su nombre sin éxito hasta que yo la alcancé.

—Es rápido para ser un viejo polo de hielo —se disculpó ella jadeante y con el pelo sobre los ojos—. Entrenado en el ejército, ¿verdad?

—Marine.

—Me ha llevado a la facultad. Se ha evaporado. Como si el campus le perteneciera.

—Él estudió ahí —le recordé.

Ella suspiró.

—¿Por qué no puede ser de Yale?

Nos encontrábamos bajo la estatua de *Las tres mentiras*, una figura sentada que se estaba desplomando con la inscripción: «John Harvard, fundador, 1638». La persona equivocada, el fundador equivocado, el año equivocado. Pero, sin embargo, había sido a la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard a la que soñaba con ir cuando era joven y tenía una visión inocente del mundo. Los turistas solían tocar el pie de la estatua en busca de suerte. Eso era lo que estaba haciendo ahora Bridge.

Abrí un plano e intenté ignorar la voz de Slow en el transmisor. Algo sobre que no debería importar lo entrenado o habilidoso que sea porque es solo un ser humano, un clásico, mientras que nosotros tres estábamos en una rama más elevada del árbol de la evolución.

—Sloane, hemos perdido la ventaja de jugar en casa —repuso Bridge—. El granjero es él. —Una vez les dije que los mejores soldados del mundo están en desventaja técnica si no conocen el terreno en el que luchan, y cualquier granjero que conozca los entresijos de su granja podría ganar en ingenio o llevar ventaja a esos soldados si no tenían cuidado. Era bueno saber que habían prestado atención.

—Entonces piensa como piensa él. Conoces la zona. Te persiguen. ¿Cuál es el mejor lugar para perderse de alguien?

—¿Abajo?

—Abajo.

Hacia el interior de los túneles marcharon mis sabuesos. Harvard estaba construida sobre una vasta red de infraestructura, un submundo laberíntico de tuberías, calderas y transmisores eléctricos, y como al centro se le agotó el espacio para expandirse en la superficie, continuó construyendo en el subterráneo.

Se produjo un flujo de comunicaciones al encontrarlo. Intentaron tranquilizarlo, pero echó a correr, así que hice que lo condujeran hacia donde estaba esperando yo con la jeringa en la mano. Era como un oso, con el pelo blanco, la mandíbula cuadrada y un rostro que inspiraba confianza, pero que ahora se veía cetrino, angustiado, confuso. Había pasado décadas congelado y solo lo habíamos hecho revivir ahora que habíamos encontrado una cura para los microbios que a punto estuvieron de acabar con la raza humana en su totalidad. Habíamos hecho que desapareciera en él la enfermedad, pero sus últimos estadios habían dejado huella. Lo veía en sus ojos. ¿Era yo para él un soldado enemigo? ¿Qué escena de combate revivía? Era como si hubiéramos hecho desaparecer la inundación, pero aún permaneciera el daño causado por el agua.

Quería pasar de largo, pero yo no me moví, así que se lanzó y yo detuve su puño con mis costillas. Lo retuve durante suficiente tiempo. Dejó escapar un grito como un animal herido, se alejó un poco tambaleándose y se cayó. Yacía despatarrado sobre el césped, con la salvaje mirada fija en nosotros y se agarraba con fuerza el brazo donde yo lo había pinchado. Yo asentía mientras el sedante hacía efecto, intentando parecer tranquilizador. Se arrebujó en posición fetal, sollozando. En mi bolsillo encontré el estetoscopio y me lo puse para escuchar su corazón.

—Relájese, señor presidente —le dije—. Todo irá bien.

Yo no conocía al hombre. No lo voté. No me importaba especialmente, pero tampoco me entusiasmaba mucho su oponente. Honesta-

mente, no tengo una opinión demasiado buena sobre la mayoría de los políticos. Estoy de acuerdo con el que dijo que la política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico erróneo y aplicar después los remedios equivocados. Sería Marx.

Groucho, no Karl.

Si por mí fuera, nunca habría descongelado al PRDEU. Qué diablos, nunca habría descongelado a nadie. Nací para ser médico (más bien me diseñaron para serlo), pero nunca realicé el juramento hipocrático. Incluso aunque lo hubiera hecho, los pocos miles de humanos crioconservados en secreto por todo el mundo no eran mis pacientes. No era algo de mi gusto. No, ya se les habían enfriado los talones durante cuarenta años, podían permanecer helados un poco más.

No había sido decisión mía. Recibí menos votos que el resto, cuatro a uno. Solo porque teníamos la habilidad de rescatar a la gente, no quería decir que tuviéramos que hacerlo. Ese es mi argumento. Pero desde un punto de vista ético, no estaba bien dejarlos congelados. Eso decían mis amigos. Y aunque estuve tentado de recoger mis cosas y marcharme (los viejos hábitos son duros de pelar) me quedé a ayudar.

A una amiga en particular: Naomi d'Oliveira, más conocida por Pandora. Ella era, tal y como yo ya me había dado cuenta, la mejor de nosotros. Porque no quería serlo. Vashti, Isaac y Champagne se habían ganado mi amistad, pero eran unos hipócritas con un ego enorme. Y lo mismo podría decirse sobre mí. Pero Pandora poseía una fuerza tranquila, y no se inmutaba. No es que el sufrimiento del mundo no la afectara (no estaba muerta por dentro, como lo había estado yo durante años), pero simplemente se negaba a que eso la detuviera. Indómita. Había creído en mí mucho más tarde de que alguien siguiera haciéndolo. Dio su vista por mí. Más que una amiga, Pandora, mucho más que eso ahora.

Mientras mi equipo de seguridad y yo escoltábamos al PRDEU hasta el hospital de New Cambridge para realizarle unas pruebas y

tenerlo en observación, ella intentaba restaurar la vida. No era moco de pavo. Es muy fácil aniquilar a alguien al que intentas revivir.

Tienes que hacer que funcione de nuevo el metabolismo, pero con cuidado. Es mejor proteger el cerebro con cualquier cosa de la que se disponga, porque la circulación normal puede joderlo todo. Los radicales libres y metabolitos pueden causar daño cerebral grave durante el «reinicio», así que no se pueden hacer las cosas de forma demasiado rápida, pero tampoco muy lentamente, porque te enfrentas al proceso de decadencia celular. La temida «I», la isquemia, la vía rápida hacia la atrofia cerebral, porque no recibe el oxígeno y el resto de los nutrientes que necesita. Para contrarrestar, hay que hacer salir el crioprotector y luego inundar el cuerpo con tijeras moleculares (una composición especial de Vashti), las que pueden desgajar la peste negra del genoma como la paja del trigo. Eso hace que «desaparezca la inundación», pero todavía queda por reparar todo el daño causado por el agua, la incontable degeneración que causó la peste durante su permanencia. A menudo algunos de los órganos principales del paciente están tocados, lo cual quiere decir que se necesita una clonación terapéutica acelerada. Si los nuevos órganos se portan bien en el viejo cuerpo, es hora de efectuar una descarga en el corazón, activar el cerebro y cruzar los dedos para que el daño ultraestructural no haya sido muy severo.

Al ver a Pandora trabajar nunca se diría que es ciega. Malachi le ayudaba a orientarse. Nuestro viejo colega Mal, una inteligencia artificial que le servía de ojos en forma de cámaras en el laboratorio e incluso de fuerza más allá de sus ojos gracias a microcámaras biodegradables inyectadas en los capilares del paciente. Pero Mal no podía hacerlo todo. Al ser un programa informático, carecía de intuición, y ahí era en lo que Pandora destacaba.

—Vence contra todo pronóstico —me dijo—. No siempre, pero lo suficiente para que me pregunte qué es lo que ella entiende que yo no.

—El poder del subconsciente —dije encogiéndome de hombros.

Esa noche todo estaba saliendo mal. Una situación crítica. Había sido desde el principio una apuesta arriesgada, ya que este paciente sufría de un grado de necrosis celular justo en el límite de lo que considerábamos cómodo salvar.

Mal predijo que habría CIAC, cese irreversible de actividad cerebral. Vashi se sumó a la operación y se mostró de acuerdo con Mal aunque a regañadientes. Pero Pandora no quería ni oír hablar de ello.

—Es un luchador —dijo—. Quiere vivir.

Al final lo salvaron. Ella vino a casa, pálida y exhausta. La llevé a la cama, masajeeé sus hombros para liberar la tensión y le dije que no podía seguir trabajando tantas horas. Le dije que estaba poniendo en riesgo su salud. Me besó en la mejilla y me dijo que no me preocupara. Conocía sus límites.

Yo lo dudaba.

Pero supuse que podríamos hablar de eso más tarde, en uno de esos raros intervalos de tiempo en los que ninguno de los dos tenía nada inmediato que hacer. A lo largo del año pasado había visto como esos intervalos se encogían. A veces me sentía como si estuviera en una habitación sin luz.

De acuerdo, se puede hacer que una persona vuelva a la vida. Pero no puedes descongelarla y echar a correr. Los descongelados tienen preguntas. Es un momento confuso para ellos. Incluso para los que no tienen demencia. Primero, no saben cuánto tiempo han estado dormidos. La mayoría se encuentran preparados para uno o dos años. Diles que han sido más de cuarenta y su visión del mundo se tambalea. Es un golpe muy duro. Ayuda colocarlo en su contexto.

Rip van Winkle era viejo con pelo cano,  
y habían transcurrido veinte veranos.  
Sí, veinte inviernos de nieve y hielo  
había estado perdido en su ensueño.

Así que es el doble del coma de Rip van Winkle, o 2RVW+, que suena como para siempre. Afortunadamente, existen factores mitigantes. Por un lado, la crioconservación frena el proceso natural de envejecimiento y los descongelados no son ni más viejos ni tienen el pelo más blanco que en el momento en el que se sometieron al proceso. La vanidad se mitiga. Por otro lado, el tiempo que perdieron, todos los veranos y los inviernos que yo he pasado y ellos no, bueno, realmente no se perdieron nada. Solamente todas las situaciones difíciles que hemos atravesado mis amigos y yo, pero ¿quiénes éramos nosotros? Todos los que ellos conocieron (amigos, enemigos, rivales, políticos, los que aparecían en las noticias y los que marcaban tendencia), vaya, o estaban muertos o en estado criogenizado al igual que ellos. La envidia se mitiga.

Fíjate, no has perdido tu apariencia y realmente no has perdido tiempo, así que ahórrate el duelo para los muertos. Lo cual, para ser sinceros, es lo que hacían. Los descongelados habían perdido más de una generación anterior, más de una generación en la historia de la humanidad. Es terriblemente duro mitigar a la familia muerta. Y esa era siempre una de las primeras preguntas que hacían: «¿Dónde están mis seres queridos? ¿Qué les ha ocurrido?».

Ante lo cual hay que ser absolutamente directo, porque cualquier otra cosa sería cruel.

Otras preguntas incluyen:

—¿Dónde estoy?

—En el New Cambridge Hospital.

—New Cambridge?

—Así llamamos a Cambridge ahora. Cambridge, Massachusetts. ¿Recuerda usted que fue congelado? Se encuentra a apenas una milla de donde se produjo el proceso.

—¿Viviré?

—Sí. Ya no está infectado. Nuestro personal médico está controlando su estado en detalle y trabajan para reparar cualquier daño que la peste haya podido ocasionar.

—¿Cómo es todo ahí afuera?

—Es una nueva era. La peste negra fue la mayor amenaza a la que se enfrentó la humanidad, pero por fin la hemos vencido.

—¿Cuántos supervivientes?

—Ningún ser humano sobrevivió a la peste. Vacío el mundo, y se llevó con ella hasta el último hombre, mujer o niño.

—Entonces, ¿por qué seguimos aquí?

—Posthumanos.

—¿Cómo en las noticias?

—Eso es. Descendientes de ingeniería genética con órganos redundantes y sistemas inmunológicos mejorados. Diseñados por la empresa biotecnológica Gedaechnis en los días más oscuros de la peste. Posthumanos, PH. Ahora mismo está usted frente a uno.

—¿Así que ustedes nos salvaron?

—Yo en persona no, pero sí. Se tardaron décadas en encontrar una cura. Ese era el primer paso, la «Respuesta». El siguiente es la «Recuperación». New Cambridge posee la colección más amplia de individuos criogenizados del mundo. Aquí estamos llevando a cabo un proceso de triaje para aliviar la catástrofe. Todos aquellos a los que se les puede revivir, serán revividos. Nuestro objetivo es la continua erradicación de la peste negra, y la reanimación y el tratamiento de las personas infectadas. Para conseguirlo, hemos establecido un gobierno *ad hoc*, tal y como se propuso en el Acta de los Poderes de la Peste Negra allá por el año 42 AR.

—¿Qué es AR?

El año en el que se le crionizó. Cuarenta y dos años antes de la Recuperación. Me temo que el antiguo calendario ha cambiado.

—¿Qué me va a ocurrir?

Esa es la pregunta mágica. Una vez que te preguntan eso, ya sabes que miran hacia adelante y no hacia atrás. Así que les aseguras que sus posibilidades están abiertas siempre y cuando no cometan un delito o una locura. En cuanto se les da un certificado

de buena salud, están libres para ir a cualquier lugar del mundo de su elección. Hay que admitir que no existe demasiada civilización más allá de nuestra verja, pero para eso están los pioneros. Que Dios los acompañe. Dicho eso, les das la Invitación y les animas a permanecer en esa zona y ayudar a reconstruir la promesa de futuro.

Estamos en el año uno del Nuevo Mundo y tú estás justo en el meollo de todo ello: New Cambridge, Ciudad de la Victoria. Aquí late el corazón de la Recuperación, y late con fuerza. Tienes una oportunidad de oro para vivir en la mejor y más moderna ciudad del planeta. Ser parte de ella. Cooperar. ¿Por qué pasar dificultades por la comida cuando se puede comer como un *gourmet* y vivir en un lujoso apartamento? Todo lo que hay que hacer es contribuir. Tenemos muchos puestos de trabajo: en el campo, en la construcción, renovación, adquisición, puestos de asesoría y servicios, y si te falta formación, se te dará gratuitamente. Has perdido familia y amigos: aquí tenemos terapeutas que pueden ayudarte a superar el dolor. No estás solo. Hemos descongelado a más de mil personas y aquí harás amigos. Puedes renovarte. Y aquí les ofreces la Doctrina. Transmites una filosofía, algo sólido en lo que apoyarse. Este es un mundo colectivo. Ahora va bien y estamos todos involucrados. Encontremos una nueva manera de vivir en la que los unos nos ocupemos de los otros. El futuro es amplio, brillante y lleno de oportunidades: explorémoslo juntos.

Eso es lo que hace el que da la bienvenida. Se trata de un trabajo importante porque eres la primera persona con la que hablan y lo que tú hagas marca la pauta durante el resto de su estancia. Yo lo intenté durante las tres primeras semanas de la Recuperación, pero no tenía el temperamento necesario para ello. Nada que ver conmigo. La última gota llegó cuando después de haber explicado la situación a un tipo, no dejaba de preguntarme si se trataba de una broma.

«¿Me estás tomando el pelo? ¿Es una cámara oculta?»

Me lo preguntó nueve veces. Dije que sí. Dios, sí. Me recliné en el respaldo y le dije que estaba muerto, yo era el puto diablo, estábamos en el Infierno y que bienvenido.

—Lo mismo que en cualquier otro negocio. Construye tu marca con el equipo adecuado a tu alrededor, un equipo fuerte y dótales de facultades. Luego es cuestión de entender el mercado, tomar la iniciativa, tener mejores ideas que tus competidores y nivelar tus fuerzas. Lo mismo. Yo nunca comerciaría con él, pero no es, cómo decirlo, magia. Cuando eres niño y creces con el negocio familiar piensas que pudiera ser, pero no. No se trata de Willy Wonka.

Mars tenía nombre de pila, pero lo he olvidado. Era un tipo nervioso y charlatán, bastante amistoso, pero tocado de la misma manera en la que lo estaban muchos de ellos: sobrepasado por los sentimientos que surgen de la relación con el olvido y determinado a no hundirse en ellos. No más que otro absurdo y privilegiado ser humano, crédulo y corroído por la culpa, ansioso por vivir.

—Y se trata de algo más que chocolate. Mucha gente no se percata de eso. Tenemos sistemas de control de máquinas de expedición, tecnología de la información, por no hablar del café, la comida para animales, el arroz Uncle Ben. Nos diversificamos.

El plural mayestático. Una mala costumbre de los directivos. Tenemos esto y lo otro. ¿Quiénes son «nosotros»? La peste negra había aniquilado a millones. El hombre estaba solo en el mundo. Un par de miles de magnates habían tenido la suerte suficiente para hacerse con la suspensión criónica, pero no así sus equipos directivos. Por no hablar de sus trabajadores. Se puede poseer cualquier cosa sobre el papel, ¿pero quién echará a andar las fábricas? ¿Quién venderá los productos? ¿Y quién los comprará?

El existencialismo capitalista («¿Cómo demuestro mi riqueza y posición ahora que el mundo has sido destruido?») había dado paso a una cultura de coleccionismo. Con tantas posesiones abandonadas

que coger, muchos de los descongelados establecían una jerarquía basada en quién tenía el mayor número de coches, joyas, aparatos, tenedores para el aperitivo, etcétera. Al estar la economía en ruinas, competían para ver quién tenía lo más extraño entre lo extraño, quién tenía un juego completo y demás. Por lo que a mí respecta, un pasatiempo inútil, pero señalé el mercadillo al pasar junto a él.

Mars quería saber si habíamos descongelado a alguien de Hershey o de Nestlé. Espiando a la competencia. Una de las primeras preguntas que hizo.

—No sé cómo se puede salir de un desastre como este—dijo como si siguiera el curso de mis pensamientos—, pero está claro que tenemos que intentarlo.

—Clarísimo—repetí—. Suponiendo que hable usted de la civilización en general, y no solo de su imperio de dulces.

Él enarcó una ceja.

—¿Una cosa excluye la otra?

Interrumpí mi recorrido por nuestra pequeña utopía para mirarlo a los ojos porque quería que me entendiera.

—Podría ser—dije—. ¿Quiere un consejo gratuito?

—Mientras sea gratis...

—Señor Mars, el pasado ha terminado. No puede usted regresar a ese *status quo*. No se puede perseguir una fantasía. Cuando se hace eso, se pierde un tiempo valioso para todos, y, peor aún, no se respetan los sacrificios que todos hemos tenido que hacer. Puede que un día tenga usted la oportunidad de reclamar todo lo que ha perdido, pero en este momento se trata de adaptarse o morir. Así que acepte la Doctrina.

Él me escuchaba. Yo veía cómo cambiaban las tornas.

—Mientras tanto—le dije—, si encuentro a algún Umpa Lumpa en paro, me aseguraré de comunicárselo.

—¿Es esa su función en todo esto?

—¿Buscar Umpa Lumpas?

—Promulgar la Doctrina.

Sobre sus cabezas los gansos aleteaban de camino hacia el sur. Seguir al jefe. Yo seguí con la vista la uve que formaban.

—No. Puede usted hacer lo que quiera. Es su vida. Vivir en el pasado. Vivir de forma estúpida. No le voy a forzar. No interferiré a no ser que cause usted problemas. Pero créame: será usted mucho más feliz si vive en el aquí y ahora. De ahí la Doctrina y de ahí el consejo.

No parecía que Mars fuera a dar problemas, y no estaba obsesionado por la mejor zona de la ciudad ni por lo que estaba de moda, así que contesté a todas sus preguntas e insistí en presentarle a todas las manzanas sanas que pude encontrar. Las manzanas sanas constituyen una diferencia importante. Despierta con muy poco y quizá estés desesperado por establecer vínculos, por lo que intentábamos que los recién descongelados se relacionaran con los que nos apoyaban, con los que creían en lo que estábamos intentando hacer.

Apretones de manos, tarjetas de visita, enlaces: todos los rituales y palabrería, todos los signos de la cultura empresarial. Lo encontraban reconfortante, y yo no podía discutirlo, aunque tampoco podía identificarme con ello. Un perro olisquea a otro. ¿Quién es el alfa, tú o yo?

No me agradan las jerarquías. No me gustan los grupos. No me relaciono bien con otros. Pero no puedo seguir aislándome. No cuando tengo responsabilidades y, tal y como dice el viejo poema, promesas que cumplir.

Como Mars era nuevo, servía de imán para los habituales. Dado el hecho de que los muy ricos tienden a socializar únicamente en su propio círculo, muchos ya le conocían de antes de la peste. Los que no, querían saludarlo y conocerlo, lo cual quería decir que yo podía dejar que trotara por delante de mí y esquivar la mayoría de las preguntas sobre el presidente. La noticia se había extendido, pero los rumores lo habían hecho más allá.

—Está bien —aseguré—. Descansando tranquilo. El pronóstico es bueno. Seguro que está listo para correr por el mundo libre antes de que nos enteremos.

Todo es maravilloso. Todo es más que perfecto. Cállate. Confía en mí. Este es el mejor de los mundos posibles.

—Pone usted nerviosa a la gente —dijo Mars cuando comenzamos a avanzar.

—¿Sí?

—Bueno, hay algo desconcertante en todos ustedes. Los genes diferentes, lo de no ser «del todo humanos». Pero hay algo que tiene que ver especialmente con usted, si no le importa que le diga eso. Igual es el pelo naranja.

—No confíe nunca en alguien pelirrojo.

—Ya he oído antes eso —repuso él—. La marca de Caín. Recuerdo que también de Judas. Mi familia es cristiana, pero yo me distancié de la fe hace mucho tiempo.

Caín, Judas y Set, el dios egipcio del mal. Gracias, gen exótico del pelo rojo, MC1R. No hace demasiado tiempo, quemaban a las pelirrojas por brujería. En Egipto las enterraban vivas. A mí me enterraron vivo una vez. No me importó demasiado. Tendrían que haberme quemado.

Mars había percibido algo, pero tenía menos que ver con el color del pelo que con el sentimiento creciente entre los descongelados de que yo no era su mejor amigo, de que no los amaba incondicionalmente y de que a cualquiera que quisiera poner palos en la rueda del progreso podría no gustarle lo que yo hiciera en respuesta.

Había hecho de mí mismo el PH que no cambiaba de opinión. No, había hecho más que eso. Había estado vigilando las manzanas podridas muy de cerca y mientras que de día mi trabajo consistía principalmente en resolver sus disputas con amabilidad y comprensión, había actuado como un martillo a la luz de la luna. Como el cable de una trampa. Como una pastilla venenosa.

Cualquiera que pensara en amenazar a la gente que me importaba, o la frágil paz que ellos habían conseguido, bueno, ese pobre gilipollas confundido tenía que entender que los costes sobrepasarían con mucho a los beneficios. Tenía que saberlo, así que me

aseguré de que lo hiciera. Haciendo que el miedo penetrara en su corazón. Porque nadie más lo haría. Porque había que hacerlo.

Otra razón por la cual me embarqué en mi campaña de intimidación: me hacía visible. Había llegado a una conclusión: si encuentro a los que causan problemas y me convierto en el foco de su ira, eso protegería a mis amigos. Y así había sido, pero solo hasta cierto punto.

—La grulla blanca extiende sus alas—dijo Mars. Había visto una fila de hombres y mujeres que realizaban movimientos lentos y precisos sobre el césped del hotel Harvard Square, cada movimiento se sumaba al siguiente con fluidez.

—¿Practica taichi?

—Así me relajo.

—¿Principiante o experto?

—Lo practiqué ocho años—dijo encogiéndose de hombros.

—¿Sabe luchar?

—¿Luchar? Nunca lo he intentado. Para mí solo sirve para liberar el estrés. Cuando me puse enfermo, fue prácticamente lo único que me ayudó. Soy bueno en las formas, pero estoy jodidamente lejos de pillar lo de la meditación.

—Ese es Getty—dije señalando al grácil monitor de pelo blanco—. Nunca rechaza a un alumno, y si le interesa hacer algo más, sé que está buscando a alguien que dé una clase para principiantes.

Los presenté. Cuando se lo indicaron, el magnate de las chucherías demostró una técnica decente, a pesar de sus protestas diciendo que estaba oxidado, y se ganó el trabajo enseñada.

Parecía dispuesto a integrarse en la comunidad, conocer a gente, involucrarse, colaborar: indicadores positivos de que Mars sería de hecho uno de los buenos, ni obsesionado por la fortuna perdida ni tan sobrepasado por el dolor como para no ser capaz de participar en la Recuperación. Una persona menos por la que preocuparse hacía que mi trabajo fuera mucho más sencillo.

—*Tai chi chuan*—me dijo—. Supongo que es una razón por la que levantarse por las mañanas. Ahora solo tengo que encontrar unas cuantas más.

Y en ello estaba.

Cuando el imperio romano partía para la guerra, un cónsul iba al templo de Marte y entonaba el *Mars vigila!*. Entonces agitaba las lanzas sagradas, las que habían sido consagradas en nombre del dios de la guerra. En ese momento yo también tenía que agitar mi lanza sagrada, así que me detuve en Grendel.

La Guarida de Grendel había sido un local infame de Cambridge que servía a los alumnos de Harvard, a los profesores y a los antiguos alumnos. Un bar restaurante subterráneo con temática de monstruos que yo podría haber frecuentado de haber estudiado en esa universidad. Lo habíamos apuntalado como un buen lugar para que se relajaran los descongelados, y habíamos priorizado su renovación por encima de los otros bares y clubes de la zona. Desde entonces, la Comisión de Planificación había reabierto un bar de ambiente deportivo, un mercado de carne, un club de fumadores y un bar para bebedores empedernidos. Algunas veces el alcohol hacía que la parroquia se volviera agresiva (yo lo averigüé de primera mano), pero también jugaba un papel importante en aplacar a las masas. Era una cultura de bebedores. Ya era suficientemente duro afrontar el futuro, pero sin comidas de negocios con Martini y una copa de coñac (o, como mínimo, alguna bebida energética) eso era impensable.

En el exterior del cuarto de baño, me encontré con que Mars le estaba contando su historia a uno de los camareros, a los que algunos llamaban «terapeutas extraoficiales del dolor», aunque habíamos reservado a algunos de los descongelados para que actuaran como tales de manera oficial. Todos querían hablar sobre lo que habían perdido. Era natural. La naturaleza humana. Pero yo me había cansado bastante de eso. Yo había perdido también mi parte, pero no le veía el sentido a radiar mis penas a cada persona que conocía. ¿Para

qué molestar? ¿Para establecer lazos en torno a las tragedias compartidas? ¿Cómo podían ni siquiera compartirlo?

—Hola, soy Gabriel.

—¡Hola, Gabriel!

—Bueno, vale. Estamos en Halloween. Es una larga historia. Todos me llaman Hal.

—¡Hola, Hal!

Perfecto. Soy un experimento de ingeniería genética, optimizado para sobrevivir a la peste negra. Solo había otros nueve como yo en el mundo y cuatro de ellos han muerto. Mis padres son una pócima de material genético, lo que significa que nunca los he conocido, y las dos personas que se paseaban y se llamaban a sí mismos mis padres eran en realidad programas de ordenador. Eso es así porque pasé los primeros dieciocho años de mi vida en una simulación virtual, una en la cual se me ocultó la dolorosa verdad sobre la peste negra. Veías cómo millones morían lentamente debido a la enfermedad, claro, pero tuve que asimilar todo ese conocimiento de repente y casi me vuelvo loco. Uno de mis amigos cayó en un frenesí asesino. Mi primer amor se suicidó. También mi hijo. He matado y he enterrado. Ni siquiera tengo una niñez idílica que lo compense, porque esa parte de mi memoria ha sido liquidada, y después de veinticinco años tratando de recuperarla, todo lo que tengo son retazos. Todo por lo que he pasado ha sido por una buena causa, por supuesto, vuestra causa, la de la gente que no está dispuesta a rendirse, que quería triunfar por encima de la no existencia. Y aquí es donde entramos nosotros. Y aquí estoy yo con ellos, los posthumanos, los únicos que pueden entender por lo que he pasado. Y solo uno de ellos lo hace realmente. Hemos vencido a la peste negra y hemos trabajado para rescataros del borde de la muerte, y algunos de vosotros nos estáis agradecidos y otros sois tontos del culo. ¿Os sorprendería saber que me siento un pelín alienado por cada uno de vosotros?

¿Cómo podrían identificarse con eso?

No es como si yo tuviera algo de lo que quejarme especialmente. No. Simplemente no me sentía protegido con esta gente. No eran de mi tribu.

Dios sabe que podía haber sido diferente. Cuando salimos, cuando supimos lo que era real y lo que no, encontramos unas cartas. Cartas de aulas de primaria, niños de todo el mundo que nos deseaban buena suerte, nos enviaban dibujos, nos contaban sobre sus familias y rezaban para que algún día pudiéramos vencer la peste.

Y sin embargo, no los congelaron. No tuvieron tanta suerte. O no eran tan ricos. O no estaban tan bien relacionados. Así que ya no están. No pueden regresar. ¿Pero el ejecutivo de Nike? Aquí. Al igual que los altos ejecutivos de Pfizer y Fannie Mae. Lo mismo que el sultán de Brunei, el último ganador del Oscar y el presidente de la RNC.

¿Sentía compasión por esta gente? Algo. ¿Podía tratarlos de manera justa? Por supuesto. Pero un guardián del zoo no tiene por qué amar a sus animales. Solo tiene que cuidarlos. Y no dar la espalda a los carnívoros.

—Escucha—dijo uno de los dueños más ricos de un casino de Las Vegas, una inmensa masa de futilidad fantásticamente ataviada.

—Ya hemos hablado de esto.

Me bloqueó el paso cuando intenté pasar a su lado.

—Veinte por ciento. Una pasta. Y solo por hacer tu trabajo.

Me lo quitó de encima. Todos querían algo.

Junto a las mesas de billar en la parte trasera, encontré al propietario de Grendel, el antiguo accionista mayoritario de Eastman Kodak. Lo había puesto Kody de mote. El me puso de mote Jueves (sin explicación del porqué). Su verdadero nombre era Suchart Shinawatra. Un solitario tailandés que había hecho billones a lo largo de los años, Kody era la excepción a la regla: se había quedado conmigo y era el único dirigente que podía hacerme sonreír sin cesar.

—¿Qué hay, Jueves? ¿Ha comenzado la temporada de caza del presidente?

—Ya te has enterado, ¿no?

—Es lo que se dice por ahí.

Me ofreció una partida rápida a nueve bolas, la cual rechacé, tal y como él suponía. Realmente no quería que jugara. Cuando puntúas, la bola número uno se coloca en el punto de salida, la nueve en el centro y las otras forman al azar las diferentes partes del diamante. Pero no tan al azar cuando el que lo hacía era Kody: la bola cinco en el vértice derecho quería decir que tenía información para mí, y la ocho tocando la cinco significaba que no era seguro hablar en ese momento. Kody constituía los ojos y los oídos de la ciudad, hasta el momento mi fuente más valiosa de información estratégica. Teníamos que soslayar los temas y andarnos con mucho cuidado: no podían ver que era mi espía. Desde que nos conocimos, he intentado utilizarlo como parachoques entre sus compañeros descongelados y yo mismo. Para ser multimillonario, no tenía demasiadas pretensiones sobre sí mismo y, lo que es mejor aún, era por naturaleza un mediador, alguien que parecía razonable y tratable.

—Los rumores se han disparado —me dijo para mantener la inofensiva conversación sobre el presidente, menos clandestina—. Si tenéis al hombre, tenéis que sacarlo a la luz. Mostrar a la gente que no está herido.

—Estamos en ello.

—Veinticinco —interrumpió Vegas con brusquedad—. Se trata del *software* propietario. Ya sabes que me están jodiendo.

Tenía acciones en Mammon, un popular casino en la red. Por toda la ciudad los descongelados competían en suerte y en habilidad; mientras hablábamos, una de las mesas de clientes de Kody se encontraba en mitad de una partida de dados. Se perdían y ganaban importantes sumas de dinero virtual y, supuestamente, las tarifas de suscripción en dinero real se deslizaban hasta los bolsillos de Vegas. Pero ya no, gracias a un reciente chivatazo sobre la rutina de pago.

—De todos modos no sirve para nada. La nuestra es una economía de trueque postapocalíptica, ¿o es que no te habías dado cuenta?

—Entonces tendrían que intercambiarlo por algo —dijo él llevándome a un aparte, lejos de Kody—. El oro, amigo mío, se mantiene a prueba de desastres. Siempre mantiene su valor.

Moví la cabeza. Nadie sabía ya lo que era valioso.

—Mira a tu alrededor y ¿qué es lo que vemos? Relojes de oro macizo, anillos de platino, gemelos con diamantes. Yo dispongo un precio para el trueque, tú haces que se cumpla la ley y recoges tu parte. ¿O es que no crees que me merezca una compensación por realizar un servicio?

—A decir verdad, no me importa demasiado. Y aunque me importara, no tengo ni el tiempo ni el personal como para hacer cumplir las leyes comerciales de antes de la Recuperación. Trata de realizar una petición a la Asamblea.

—Quiero que me ayudes —me presionó en voz lo suficientemente alta como para provocar unas cuantas miradas curiosas—. Sé que tú no me vas a joder.

—¿Eso sabes?

—Eres un hombre honrado.

—No tengo tiempo para esto.

—¡Mierda, yo tampoco! ¡Estoy cansado de no recibir lo que me pertenece! Y lo necesito para poder cubrirme.

—Quítame las manos de encima —dije, pero solo conseguí que me agarrara de la chaqueta aún con más fuerza.

—¿No estás aquí para ayudarme? ¿Cuánto quieres? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

—No puedes comprarme, así que quítame las manos...

—¿Cómo que no puedo comprarte, eh? ¡Puta República Popular de Cambridge! ¡Miserable socialista! ¡Pedazo de...!

Me estaba chillando a la cara. Podía oler su desayuno y sentía chispitas de su saliva sobre mi mejilla. Y no soltaba mi chaqueta. Así que le agarré de la muñeca y se la retorcí. No tanto como para partirla el hueso, solo para persuadirle para que me soltara. Contención. Se agachó con una expresión angustiada. Siguió un aullido. Más alto de

lo que esperaba. De repente, todos los que estaban en el bar me miraban como lerdos. No solo las manzanas podridas: también las sanas. Hasta Kody había perdido el nervio y la voz, incapaz de mirarme a los ojos.

Me marché antes de que alguien pensara en retransmitirlo. En el exterior, Mars no me hablaba demasiado, y lo que decía lo hacía con un tono de voz tan suave, que se perdía en el viento otoñal.

¿Hice mal al utilizar la fuerza?

En principio, no, decidí.

¿Son los pros mayores que los contras?

No lo sabía.

Lo que sí sabía era que la situación era cada vez más frágil según pasaban los días y mi paciencia se agotaba. Si no tenía cuidado, todo podría venirse abajo. Y me di cuenta a regañadientes de que estábamos mucho más cerca de eso de lo que yo me temía.

1AR: Crítica de restaurantes de New Cambridge  
La Cosecha

44 Brattle Street, Harvard Square, New Cambridge,  
enlace: «La Cosecha».

L-S 12.00 – 22.00, Dom.: 11.00 – 15.00

El primer restaurante post Recuperación de New Cambridge es también el mejor, gracias a las inspiradas creaciones de la *vive cuisine* del famoso chef Francisco Fierro. Tanto si se acurruca usted en el cálido interior de madera o en el verde esplendor de la terraza exterior, La Cosecha ofrece la mejor experiencia gastronómica de alto nivel disponible hoy en día. Aunque el servicio es sin duda irregular, el cristal siempre resplandece, y las comidas vegetarianas y casi vegetarianas son deliciosas a la par que saludables. Con toda seguridad, la carta de vinos de todo el mundo complace a todos, incluso a

los más exigentes y los clientes adoran los postres de la casa de Fierro. Solo por la *panna cotta* bañada en miel y vainilla merece la pena salir de la hibernación.

—Un pobre sustituto de Pandora.

—Tú tampoco eres mi compañero de cena favorito —replicó Isaac mientras se sentaba frente a mí en una mesa de la terraza. Durante los últimos años había eliminado la perilla y cultivaba una apariencia limpia y profesional. Su cabeza marrón permanecía tan calva como una cáscara de huevo.

—¿Otra vez está doblando el turno?

—Ya sabes cómo va esto.

—Sí, claro. El trabajo de un médico no acaba nunca.

—Está metiendo muchas horas —admitió—. Es el coste de intentar ponerse al día. Si rescatáramos a más médicos, o diéramos más responsabilidades a los que ya tenemos, la situación quizá fuera diferente. Por supuesto, Vashti piensa que podría ser peligroso.

—Y con razón.

—Sí, y hay pruebas —matizó, siempre en conflicto sobre revelar un secreto de los descongelados que él había guardado—. En cualquier caso, yo también aprecio mucho a Pan. Ya sabes que la vigilo. Intenta tranquilizarte.

Mis labios se curvaron hasta formar un amago de sonrisa. Él me miró lánguidamente.

Isaac y yo nunca habíamos sido especialmente colegas. Habíamos dejado de lado nuestras diferencias porque teníamos un vínculo común: los hijos. Él había perdido a los suyos y yo a los míos. Así que escuchar al hombre decirme que no me preocupe por Pandora está bien pero no sirve de nada. Él ya sabía eso. Pero ¿qué iba a decir?

—Me alegro de verles de nuevo, señor Abdelrazek, señor Hall —dijo la camarera y por su expresión decidí que realmente lo pensaba en el caso de Isaac. Era miembro del Headliner, una joven ingenua y radiante que se había hecho bastante famosa a pesar de (o

quizá por eso) una vacuidad enigmática que hacía que pareciera vulnerable y ligeramente tonta. Existe un viejo adagio sobre los actores y los camareros, pero esta nunca había servido mesas en su vida hasta que la asignamos a La Cosecha. Teníamos una política extraoficial, pero sobre la que nos mostrábamos tácitamente de acuerdo, la cual consistía en hacer trabajar a los descongelados en la hostelería como su primer trabajo. Ayudaba a que la idea de que uno era demasiado bueno para realizar un trabajo duro y honrado desapareciera, aunque no todos efectuaban la transición sin problemas. Para ayudarla, le sugerí que lo considerara como si estuviera ensayando para un papel. Le comenté que, en la cumbre del éxito, Andy Kaufman trabajó de ayudante de cocina para poder mantenerse en contacto con el común de los mortales, pero ella no tenía ni idea de quién se trataba. Muy anterior a su época. También a la mía, pero yo era un fan empedernido del humor surrealista y anárquico. Dado mi jodido pasado, no podía ser de otra manera.

Nos preguntó lo qué íbamos a beber. Isaac coqueteó con ella. Bastardo solitario. Entre los descongelados, despedía un encanto tan efectivo como vacío. Podía haber conducido a la vacua belleza hasta su cama (seguro, porque tras haber salvado tantas vidas nos habíamos convertido en famosos hasta para los famosos), y sin embargo yo sabía que no lo haría. No se metería en un lío. Demasiado centrado en su trabajo. Pero el solo hecho de saber que podría hacerlo significaba algo.

Miré hacia las otras mesas para saber quién nos vigilaba. Una fracción del equipo de construcción se hallaba reunida en torno a un calefactor cercano. Dos miembros del Marítimo nos estaban echando el ojo. Y una mesa de fobos engalanados con la indumentaria antimicrobiana completa, sus temerosos ojos asomándose tras las máscaras. Hacía falta suerte si pretendían comer con eso puesto. Los fobos eran una minoría, aunque en número considerable, una molestia que se extendía por toda la ciudad con sus enlaces falsos y sus pintadas. El movimiento estaba caracterizado por eslóganes

como «¿Hasta qué punto es seguro lo seguro?». Podías pasarte todo el día explicándoles que la peste negra se encontraba bajo control, que era una pesadilla de la que ya no tendrían que preocuparse. No escuchaban ni una sola vez. Un recuerdo persistente de que, sobre todas las cosas, éramos una cultura de la peste: el daño ya estaba hecho.

—Bonito grupo —dijo Isaac, y no me importó demasiado si se refería a su temperamento o al número. Quería algo y se estaba andando con rodeos.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Quieres hablar de la demencia del presidente? ¿O de cómo Sloane dejó que se escapara? Ya he hablado con ella.

—Quiero hablar de ti.

—Dale.

—En Grendel —dijo—. Lo de que le has retorcido el brazo.

—Ah, eso. No ha sido nada.

—Por supuesto que sí.

—Me ha puesto las manos encima. Un mal precedente.

—Le has desgarrado un ligamento.

—¿Y?

—Y se trata del tipo de acción que genera resentimiento.

—Ya existe resentimiento.

—Está claro. Hal, lo veo todos los días y trato con ello todos los días. Lo que no hago es exacerbarlo. Estás utilizando demasiada fuerza. Y punto. Necesito que te lo tomes con calma.

—¿Y crees que eso es mejor?

—Creo que haría las cosas más fáciles para mí.

Llegaron las bebidas. Esperé a que se hubiera alejado la camarera.

—¿Quién me lo pide, Isaac? ¿Tú o la Asamblea?

—Lo ideal sería dejar a la Asamblea fuera de esto. Por ti.

—Bueno, si se trata de una petición extraoficial, entre tú y yo, me lo pensaré.

Me estudió a través de la copa de vino.

—¿Tienes que pensarte lo de no utilizar excesiva fuerza? ¿Cuánta contemplación crees que se merece?

—No estás considerando toda la situación —dije—, y, francamente, no estoy seguro de que puedas hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque tu trabajo te ciega.

—¿Y eso? ¿Yo soy la sonrisa y tú los dientes?

—Tú enfocas todo esto desde la perspectiva de «cómo puedo hacer feliz a todo el mundo». Quieres gustar a todos. Yo lo enfoco desde la perspectiva de la seguridad. Evaluación de amenazas: ese es mi papel en todo esto. Y toda esta gente agradable que tenemos... la mayoría nos respeta, algunos nos reverencian, pero existe un número creciente que conspira contra nosotros y esperan así marginarnos, eliminarnos si pueden.

Juntó las yemas de sus dedos y sus oscuros ojos se mostraban pensativos y preocupados.

—Démosle la vuelta. ¿Es posible que seas tú el que se ha visto cegado por su trabajo? ¿Podrías ver lobos imaginarios entre las ovejas y zorros fantasmas en el gallinero?

—Isaac, si hasta tú piensas que soy un paranoico... —comencé a decir.

—No quiere decir que no vayan a por ti —terminó él, sonriendo—. Eso es lo que dices. ¿Pero de qué forma iba ese dueño de casino a por nosotros? ¿Y qué has conseguido con hacerle daño?

—Mandarle un mensaje.

—Uno equivocado.

—Desde hace una semana, uno de los mozos de cocina de aquí, de La Cosecha, guarda todos los vasos y cubiertos que tocamos. Sospecho que está recolectando nuestras huellas dactilares. No estoy seguro de por qué. Los fobos que están en la mesa a tu derecha están extendiendo una campaña de rumores. Dicen que no estamos liberando a suficientes científicos y médicos, que ponemos nuestros intereses personales por encima de su bienestar. El tipo ese petulante

que tienes detrás está realizando un sondeo en el que pregunta a las masas si están contentos con la manera en la que se llevan aquí las cosas, o si, por el contrario, apoyarían, literalmente, una reorganización.

—Existen motivos para estar preocupados —admitió—, pero estás hablando de un pequeño número de insatisfechos...

—Con que haya uno, suficiente.

—... la mayoría de los cuales podrían ser aplacados por el presidente.

—Suponiendo que podemos hacer que el hombre recobre la salud, esté cuerdo y quiera recoger la pelota en su tejado.

—Vashti me ha asegurado que podemos. En cualquier caso, los insatisfechos... ¿crees que son de los que hacen o solo de los que hablan? ¿Estarán solo desahogándose?

—Conspirando.

—¿Hay pruebas consistentes?

—Todavía no.

—Cuando tengas pruebas, preséntalas a la Asamblea. Hasta entonces, no olvides que la gran mayoría aprueba lo que estamos haciendo. Y así debe ser: somos una democracia, no una tiranía. No oprimimos a nadie, no privamos a nadie de sus derechos y no retenemos a nadie en contra de su voluntad. Puede que no seamos del todo transparentes, pero hacemos grandes esfuerzos por serlo lo más posible. Hemos diseñado la Doctrina de la Victoria, y muchos la han abrazado como una nueva ideología. Con un poco de suerte, se mantendrán fieles a ella cuando vuelvan a dirigirlo todo por su cuenta.